

Pequeña antología de Francisca Gata Amate

Despiece de la infancia

Delante me llevaba papá en la bici,
el perro corría a nuestro lado para alcanzarnos
o para no perdernos, ladraba y parecía sonreír
y parecía estar iluminado y ser tan sólo
un sueño de la infancia.

Yo reía y papá cantaba en mi oído
y me daba besos y era
como si anduvieran gorriones por mi cara.

Había cesado la lluvia y el sol se decidió a erigir su imperio
calentando el aroma de la tarde.

Muy lejana se veía la casa y muy sola
y muy hermosa rodeada por nuestros árboles
domésticos.

Y a mamá la imaginábamos con flores en los brazos
y con un vestido rojo con más flores.

Pedaleaba papá con la pasión de atragantarse de distancia,
sólo por verlo de cerca, acaso tocarlo,
si eso se pudiera,
si no hubiera una ley tácita de admirar y no tocar,
de admirar y sentirlo muy adentro,

por no destrozar el espejismo.

Y ya muy cerca se detuvo y se detuvo el perro
y ese vértigo del viento sobre el rostro,
de haber hecho un camino entre la hierba húmeda,
de haber hallado el nido y su nacimiento:
es el arco iris, exclamó, y qué poco
ha de durar esta belleza.

Y alcé las manos a lo alto y lo toqué.

Y fue mío.

Y continuó allí como un tatuaje del cielo.

Y no sabía papá si acariciarme a mí, al perro,

al arco iris

o llorar por lo efímero de esa maravilla.

(Recogida en la antología *A Cielo Abierto, Narradores de Castilla-La Mancha*, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2003).

Creación

Ese niño no sabe que es la escarcha
que bajó a florecer sobre el asfalto
que es el animal nacido de la ausencia
como un ritual de adiós,
como un tierno milagro incapaz de acallarse,
que así late la vida, iluminando
los muros agrietados por alguna tristeza
o alguna soledad
o el poso del silencio
sobre el odio.

Ese niño no sabe que un espasmo lo extrajo
del olvido, que lo exigió la rabia
taponando una herida ya imbesable
Música dulce, remedio del terror,
no lo sabe ese niño
ni sus manos
ni su ayer en el discreto encierro.
Que lo duerma la madre de la noche
que la ubre del día lo alimente
o que acudan los lobos a adorarlo
pues es ya toda alma
y que exista una estrella,
una tan solo,
como alborotado reloj,
marcando el tiempo de acudir a mi vientre.

Perplejidad

Es invierno.

En la ventana se estremece un pájaro
y muy cerca hay un árbol
que el frío ha desnudado.

Los niños muerden cielo con los ojos.
El maestro en su ábaco
enumera silencios.

Un loco enamorado entierra su secreto.
Tristeza sobre el mapa.
Lecciones de dolor subraya

el lápiz.

Es mañana de invierno.

Triste maternidad

(Óleo sobre tabla)

Será tan triste parir entre carbones,
tener un niño viejo en las manos
pues es vejez la muerte
para esa inocencia inconclusa.
Desechar con los lienzos la lágrima del alma
ya cegada,
merodeo de pena por el lúgubre artefacto
de la rabia.
Y todo el corazón, así, entregado,
soliloquio de amor,
puesto que solo,
trémula ave el beso que quedó
sin silueta.
Será tan triste parir agua que fluye,
la nada
como alimento de esta noche salvaje,
cuando ni cante el amo
ni hay danza en el parvulario de los lirios,

solo un aullido rasgando el velo
de los vientos.

(Sobre los cuadros de Eduardo Naranjo, De *Creación*, Ayuntamiento de Badajoz, 2007).